

CAPITULO XXX.

Con lealtad te he servido;
Y como estoy mal pagado,
Es ya lo mas acertado
El tomar por buen partido
Y cada cual por su lado.

FALCONER.

PASEABASE Tresilian en el patio exterior del castillo, no sabiendo que pensar de su estraña conversacion con Amy Robsart, y dudando si, viendose revestido de la autoridad de su padre, habia hecho bien en empeñar asi su palabra, y abandonarla el cuidado de su conducta por tantas horas.

Pero ¿ como era posible tampoco dejar de acceder á la demanda de Amy, si se hallaba sometida á Varney como parecia probable?

— No bastando mi poder, decia entre sí mismo, para sacarla de entre las manos de Varney, y suponiendo que la reconozca por su muger, ¿ con que derecho hubiera podido yo meter entre ellos la discordia, y echar por tierra las esperanzas que pueden aun conservar de ser dichosos?

Resolvió pues Tresilian observar escrupu-

losamente su promesa. Se alegraba tambien de hallarse en una situacion mas favorable para socorrer á Amy, á la que conservaba algun cariño. No estaba ya encerrada en un retiro lejano y solitario, guardada por personas de muy mala reputacion; estaba en el castillo de Kenilworth, en la corte de la reina, al abrigo de toda suerte de violencias, y á la mano para poder presentarse á la reina en llegando el caso. Todas estas circunstancias concurrían al parecer á ayudar poderosamente á cuanto podia hacer por ella.

Miéntras comparaba asi las ventajas y los peligros que podían resultar de la inesperada venida de Amy á Kenilworth, se acercó á Tresilian de improviso Wayland, gritando al verle: — ¡ Ah! gracias á Dios, que encuentro por fin á vuestra señoría; y despues le dijo en voz baja que la señora se habia fugado de Cumnor.

— Está en el castillo, dijo Tresilian. Lo sé, la he visto. ¿ Ha ordenado ella que la conduzcan á mi habitacion?

— No, respondió Wayland; pero he pensado yo que era el único medio que podia adoptar, y he tenido la dicha de encontrar quien me dijese en donde estaba vm. alojado. ¡ Bonita posicion por cierto! de un lado la sala grande, y del otro la cocina.

— Calla, no estamos ahora para chanzas, respondió Tresilian.

— Ya lo sé bien á costa mia, dijo el artista, he pasado tres dias de purgatorio. Esta dama no está en su cabal juicio; se negará á aceptar nuestros buenos oficios, prohíbe que se le hable de vm., y quiere ponerse bajo la proteccion de Leicester. Me hubiera sido imposible tenerla en el cuarto de vm., si hubiese sabido quien le habitaba.

— ¿Que piensa pues hacer? dijo Tresilian. ¿Se atreve á esperar que querrá el conde servirse de su influjo sobre su vasallo infame?

— Yo nada sé, dijo Wayland, pero creo que si ella logra hacer buenas migas con Leicester ó con Varney, lo mejor que podremos hacer será tomar soleta y poner piés en polvorosa. Mi intencion es partir inmediatamente que haya entregado á Leicester una carta. Solo aguardaba el permiso de vm. para hacerlo: aquí está, pero nó; ¡maldita sea la tal carta! Se habrá quedado en el granero, sobre el heno que me sirve de cama.

— ¡Has hecho muy buen fregado! dijo Tresilian enfadado de ver su descuido. ¿Vas á dejar perder ese papel del cual depende un suceso que importa mas que mil vidas como la tuya, miserable?

— Perdido, no, respondió al punto Way-

land; ¡ah! nó, es una chanza; no, señor, la he puesto con otras varias cosas, la traeré al momento.

— Corre pues, dijo Tresilian, traela; sirveme con fidelidad, y serás recompensado; pero si llegan á realizarse mis recelos, ¡pobre de tí! te costará muy caro ese descuido.

Wayland en esto se retiró, sereno al parecer, pero sin tenerlas todas consigo.

Habia perdido en efecto la carta, la habia perdido, por mas que queria disculparse por calmar á Tresilian. Y una vez perdida, podia caer en malas manos, y descubrir toda la intriga en que se veia envuelto Wayland; por otra parte, no veia como podia permanecer oculta de ninguna de las maneras, y estaba ademas resentido del enojo de Tresilian.

— Sí, en esta moneda me pagan los servicios en que arriesgo el pellejo; es ya tiempo de pensar en mí. Si mal no me engaño, estoy ofendiendo al señor de este magnífico castillo, que de buenas á primeras me puede quitar la vida como quien mata un pollo; y eso por una muger loca y un amante melancólico, que, por haber perdido un pedazo de papel doblado y cerrado, echa mano á su espada y me amenaza. Aquí tenemos otro doctor y otro Varney. Lo mejor será salir de estos apuros, y salvar la vida que vale mas que to-

dos los tesoros del mundo. Me iré al instante, aunque no he recibido aun mi recompensa.

Estas reflexiones debian presentarse naturalmente á un hombre como Wayland, que se encontraba mas comprometido de lo que habia creído desde luego en una serie de intrigas misteriosas é inesplicables, y en las cuales los actores mismos al parecer apénas conocian el papel que habian de representar. Sin embargo es preciso decir, para hacerle justicia, que sus temores estaban en cierto modo contrapesados por la lástima que le causaba el estado de abandono de la desgraciada condesa.

— No se me da un pito por el señor Tresilian; he cumplido con él, he traído su señorita andante al castillo; que allá se entienda ahora con ella. Solo me detiene la compasion que me da esta pobre niña, pues pudiera sucederle algun contratiempo en medio de estas jaranas. Sí, voy á subir al cuarto, á confesar que se ha perdido su carta, para que escriba otra si gusta, y creo que no le faltarán mensajes en un castillo en que hay tanto bribon de lacayo que pueda llevar á su amo una carta. Diréla en seguida que me voy á poner en salvo, recomendandola á la bondad de Dios, á su prudencia, y á la prevision y cuidado del señor Tresilian. ¿Quien sabe si se acor-

dará de darme la sortija que me tiene ofrecida? Bien ganada la tengo; es una criatura muy amable; ¡vayase al diablo la sortija! no quiero envilecerme por tan poca cosa. Si mi buen corazon queda sin recompensa en esta vida, será coronado de gloria en la otra. Voy á decir dos palabras á la condesa, y á tomar las de villadiego.

Tan ligero y listo como un gato al cazar un raton, se encaminó Wayland al cuarto de la condesa, atravesando los patios y los tránsitos, observando á los que pasaban á su lado, y cuidando de no ser observado de ninguno. Asi pasó el patio del castillo y el arco grande situado entre la cocina y el salon, hasta la escalera de la torre de Mervyn.

Se lisonjeaba de haberse escapado de todos los peligros, y empezaba á subir las gradas de la escalera de dos en dos, cuando notó la sombra de un hombre que se dibujaba sobre una puerta medio cerrada. Wayland bajó al punto callandito, volvió al patio interior del castillo, y pasó cerca de un cuarto de hora, que le pareció cuatro veces mas largo que lo acostumbrado, paseandose de un lado á otro; despues volvió á la torre creyendo que aquel hombre incómodo pudiera haberse ido. La sombra habia desaparecido. Subió algunas gradas mas, pero la puerta estaba to-

davía medio abierta; y miéntras deliberaba si subiria ó bajaría, se abrió del todo la puerta, y se encontró de manos á boca con Miguel Lambourne.

— ¿Quien diablo eres tú? ¿que buscas en este lado del castillo?

— No soy un perro para obedecer al primero que silba, ¿está vm? dijo Wayland aparentando una tranquilidad que desmentia su tono de voz.

— ¡Que! ¿me replicas? ven acá, Lorenzo Staples. Un hombron de mala facha, vizco, mas de seis piés de alto, se presentó entónces, y añadió Lambourne: Camarada, ya que te gusta tanto esta torre, voy á llevarte á los sitios mas profundos de ella, doce piés por lo menos mas bajos que el fondo del lago; estan habitados por culebras, sapos, lagartos y otros bonitos animales semejantes, que te acompañarán. Respondeme pronto: ¿quien eres? ¿á que vienes aquí?

— Si llegan á ponerme preso, decia entre sí mismo Wayland, soy un hombre perdido. Respondió con mucha sumision, que era el jugador de manos que su merced habia encontrado la víspera en Weatherly.

— ¿Y que juegos de manos quieres hacer en esta torre? Tus compañeros, dijo Lambourne, estan en las habitaciones de Clinton.

— Vengo á ver á mi hermana, dijo Wayland, que está allí arriba en el cuarto del señor Tresilian.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Lambourne sonriéndose, ¡ya estamos! A fé mia que el tal Tresilian no cae en la cuenta de que es aquí un forastero, y le parece que está en su casa, pues adorna bonitamente su cuarto con los muebles que mas le acomodan. ¿Lo has oido, bribon? Esta será una preciosa anécdota para la vida de San Tresilian, y agrada á ciertas gentes mas que á mí un talego de onzas de oro. ¿Lo has oido, tunante? añadió dirigiéndose á Wayland, no levantarás la liebre, queremos cogerla nosotros. Anda, vete con tu cara de bellaco, ó te arrojé por la ventana. Me dan tentaciones de ver si tienes bastante habilidad para no romperte al caer los huesos.

— No será tan cruel vuestra señoría por cierto, dijo Wayland. Es preciso que vivan tambien los pobres, y espero que me permitirá vuestra señoría hablar con mi hermana.

— ¿Tu hermana, sí, por parte de Adan, no es eso? y si lo fuera, serias aun mas culpable. Pero, que sea ó no tu hermana, poco importa; si vuelves á poner aquí los piés, te desuello como á un conejo. Y ahora que me acuerdo, con una region de demonios, sal

fuera del castillo, este asunto importa mas que todos tus juegos de manos.

— Pero, si vuestra señoría me lo permite, respondió Wayland, le haré presente que necesito hacer el papel de Arion en el espectáculo que se representará esta tarde en el lago.

— ¡Por San Cristoval! yo mismo haré ese papel, dijo Lambourne. ¿Como le llamas? ¿Orion? Pues bien haré el papel de Orion con su ceñidor y sus siete estrellas tambien. Vamos, afuera, picaronazo; sigueme, pero aguarda. Lorenzo, carga con este holgazan.

Lorenzo cogió por el cuello al pobre juglar que temblaba, y caminando Lambourne de prisa por delante, se dirigió ácia la puerta secreta por la que Tresilian habia entrado, no léjos de la torre de Mervyn.

Miéntas atravesaban el espacio que separaba la puerta secreta de la torre de Mervyn, Wayland se devanaba en vano los sesos buscando un medio de servir á la pobre señora que escitaba aun su interes, á pesar del peligro grande en que él se encontraba. Pero luego que le arrojaron del castillo, diciendole y afirmandole con un horrible juramento Lambourne que, si volvía á poner los piés en él, le costaría sin remedio la vida, levantó las manos y los ojos al cielo, tomándole por testigo de haber hecho cuanto estaba de su

parte para defender á la oprimida; y dejando á su espalda las torres soberbias de Kenilworth, echó á andar en busca de un asilo mas humilde y seguro.

Lorenzo y Lambourne no le perdiéron de vista un gran rato, y volviéron despues al castillo. Dijo Lorenzo en el camino á Lambourne:

— Dios nos asista, señor Lambourne, si acierto yo por que motivo ha espelido vm. á ese pobre diablo que tenia que hacer su papel en la fiesta que va á empezar, y solo por una ñina.

— ¡Ah! Lorenzo, respondió Lambourne, tú te acuerdas de Black Joan Suggs de Plingdon, y te resientes todavia de la debilidad humana; pero ánimo, mi muy noble duque de la torre, señor de horea y cuchillo de todas las cárceles, tan claro ves tú en este asunto como en estos tus estados. Mi muy reverendo señor de los paises-bajos de Kenilworth, has de saber que nuestro muy respetable amo Ricardo Varney nos daría, por una mojadita que diésemos al tal Tresilian ácia la tetilla izquierda, los pesos duros que se necesitan para beber cincuenta noches seguidas, con una autorizacion completa de enviar á pasear al mayordomo, si viniese á interrumpirnos ántes de haber bebido las últimas botellas.

— ¡Oh! siendo eso asi, no habrá hecho

vm. mal, respondió el gran carcelero de Kenilworth. Pero ¿que hará vm., hallandose ausente cuando llegue la reina, señor Lambourne? pues creo que acompañará vm. á su amo.

— Cuento contigo, mi virey, para que hagas la guardia en mi ausencia. Deja entrar á Tresilian, si lo pretende, pero no dejes salir á alma viviente. Si la señorita quisiere escaparse, lo que podrá muy bien suceder, asustala con tu vozarron... á bien que no es mas que la hermana de un mal comediante.

— En cuanto á eso, dijo Lorenzo, echaré el cerrojo á la segunda puerta, y de ese modo, de grado ó por fuerza, no me costará trabajo responder de ella.

— Pero Tresilian no podrá ya entrar á verla, dijo Lambourne despues de reflexionar un poco. No importa, la encontrarán en su cuarto, y basta. Confiesa que tienes miedo de quedar despierto en esta torre de Mervyn.

— ¡Yo! ¿y por que, señor Lambourne? Es verdad que se han oido y aun visto cosas muy estrañas en esta torre. Habrá vm. oido decir sin duda, aunque hace poco tiempo que está en Kenilworth, que suele aparecerse aquí el alma en pena de Arturo de Mervyn, aquel gefe bárbaro que fué preso por el valiente lord Mortimer, cuando mandaba en la

frontera del pais de Gales, y que dicen fué asesinado aquí mismo.

— Me han contado esa paparrucha mas de cien veces, dijo Lambourne. Dicen tambien que esa fantasma jamas hace tanto estrépito como cuando cuecen puerros ó frien queso en la cocina. *Santo Diavolo*, deten tu lengua, yo bien sé que es lo que hay sobre el particular.

— Pero tú no la detienes, dijo el carcelero, aunque quieres parecer prudente. ¡Terrible cosa sin embargo matar así á un pobre preso! Dar á un hombre una puñalada en una esquinna, para tí es una friolera: dar á un preso con las llaves de la cárcel en la cabeza, diciendole: Estate quieto, eso es lo que yo llamo conservar el orden. Pero desenvainar la espada y matarle, como matáron á ese señor del pais de Gales, eso es capaz de atraer una fantasma á la cárcel y hacerla inhabitable por espacio de quinientos años. Para que sepas que consideraciones tengo yo con los pobres presos, te diré que mas he querido alojar cincuenta piés bajo de tierra á escuderos y gentes de forma, que se habian entretenido en dar algunos paseitos interesados en los caminos reales, ó en murmurar de monseñor Leicester, ó cosa semejante, que encerrarlos en este cuarto alto donde se cometió el asesi-

nato. Por S. Pedro *ad víncula*, me admiro que mi noble señor ó Varney la den á los forasteros; y si el tal señor Tresilian ha podido lograr que alguno le acompañe, y sobre todo una linda muchacha, á fé mia que ha hecho muy bien en ello.

— A eso te digo, respondió Lambourne paseandose en el cuarto del carcelero, que eres un grandísimo borrico. Vete á cerrar el porton de la escalera, y no hagas caso de fantasmas. Dame un trago de vino: me he acalorado un poco echando á ese bribon del castillo.

Miéntas apagaba la sed con sendos tragos de vino de Burdeos, sin necesidad de vaso, el carcelero procuraba disculpar su miedo á las fantasmas hablando indirectamente.

— Solo hace algunas horas que estás en el castillo, y has estado tan borracho al mismo tiempo, que ni has podido hablar, ni ver, ni oír cosa ninguna; pero no la echarias de guapo si hubieses pasado una noche con nosotros en el tiempo de la luna llena, porque entonces es cuando el espectro hace de las suyas, principalmente si sopla de recio el viento nordeste, si caen algunas gotas de agua, y se oyen de cuando en cuando algunos truenos. ¡ Santo Dios! ¡ que ruido! ¡ que bullicio! ¡ que chillidos! ¡ que lamentos! ¡ que alboroto

de los demonios se oye en el cuarto de Merwyn! En tales momentos apenas bastan para mí y para mis hijos dos botellas de aguardiente.

— ¡ Bah! eres un papanatas, respondió Lambourne, á quien los tragos últimos, reunidos á los ya bebidos anteriormente, habian empezado á calentar los cascós. No sabes lo que dices; nadie conoce á esos espectros, y aquel que mas habla de ellos es el que dice mayores desatinos. El uno cree una cosa, el otro otra: ¡ visiones, paparruchas! He conocido muchas clases de tontos en este mundo, aquí donde tú me ves, Lorenzo, hombres de mucho mérito.... hay uno sobre todo.... un gran señor, sin que sea preciso nombrarle, que cree en los oráculos, en la luna, en los planetas y sus cursos, y aun piensa que solo resplandecen para él. Pero yo creo, á fé de borracho, que solo alumbran para que yo y otros como yo no caigamos en las acequias cuando vamos achispados á casa por la noche. Que siga con sus caprichos, ya que tiene bastantes riquezas para pagarlos bien. Hay otro, hombre muy sabio, así como suena, que habla el hebreo y el griego como yo el latin; ese tiene su flaco por las simpatías y las antipatías, y quiere cambiar en oro el plomo. Dejemosle, dejemosle pagar con esa moneda á los mentecatos

que se contentan con ella. Tú tambien entras en la danza, tú, aunque no eres noble, ni sabio, sino seis piés de alto, y tan ciego como los topos, pues crees en las almas en pena. Hay aquí otro grande hombre, un gran hombrecillo, ó grande hombre á medias, como quieras llamarle, querido Lorenzo: su nombre empieza con la letra V.

— ¿Y ese que cree?

— Maldita la cosa, Lorenzo, nada absolutamente: no cree en Dios ni en el diablo. Yo solo creo en el demonio, pues es preciso que le haya, aunque no sea sino para llevar sobre sus cuernos nuestra alma *cuando el alma dejará el cuerpo*, como dijo el otro en su letrilla. Porque todo antecedente debe tener su consecuencia, *rarò antecedentem*, decia el doctor Brucham. Pero esto debe ser griego para tí, mi querido Lorenzo, y en resumidas cuentas es una cosa muy inútil saberlo. Y así dame otra botella.

— Par diez, Miguel, si continuas bebiendo de esa manera, mal podrás representar á Orion, ó acompañar á tu amo esta noche tan solemne. De un momento á otro tocarán la campana grande de la torre de Mortimer, anunciando la llegada de la reina.

Miéntas hablaba así Lorenzo, continuaba bebiendo Lambourne. Poniendo sobre

la mesa la botella casi vacía, dió un suspiro, y dijo con voz apagada, que se elevó segun iba hablando: — No te metas en eso, Lorenzo; si me emborracho, Varney sabrá desemborracharme, y así no te metas en eso; sabré moderarme. Y por otra parte, ya que tengo que andar sobre el agua como Orion, bueno es precaverme contra la humedad. ¿Te parece que no seré capaz de representar á Orion? desafío al mayor hablador que se desgañita por dos reales, á que lo haga mejor que yo. ¿Hay alguno que no coja una chispa esta noche? respondeme á esto. Hoy el emborracharse es dar pruebas de fidelidad, y te aseguro que si hay algunos en el castillo que no esten alegres despues de haber bebido, lo estarán mucho menos cuando ayunos. A ninguno nombro, Lorenzo; pero este vinillo es mucho cuento para alegrarnos y ponernos de buen humor. Brindis por la reina Isabel, por el noble conde de Leicester, por el dignísimo Varney, y por Miguel Lambourne que podria darles á todos ellos veinte mil vueltas sobre la punta del dedo meñique.

Al decir esto, bajó la escalera y atravesó el patio interior.

El carcelero le siguió con la vista, se mosqueó, y dijo entre sí mismo: — ¡Gran cosa es esto de ser favorito! Estuve una vez á pique

de perder mi empleo, porque el señor Varney creyó que olia á aguardiente; y este picarozazo va sin temor alguno á presentarse á él hecho una uva. Pero á decir verdad, es un gran pillastron, y no se le comprende la mitad de lo que dice.



CAPITULO XXXII.

Que redoblen las campanas,
Artillero, á tu cañon:
Resuene el cóncavo bronce,
No para infundir horror.
Pues llega Isabel, que vea
Nuestra alegría y amor.

La Virgen-Reina, trag.-com.

HABIENDOLE dejado Wayland solo, Tresilian, segun dejamos ya dicho en otro capítulo, se hallaba indeciso sobre lo que debía hacer. Vió en esto á Raleigh y á Blount que estaban con los brazos cruzados, disputando con calor, segun su loable costumbre. En el estado en que se hallaba Tresilian, hacia poco aprecio de su compañía, pero no podia evitarla. Conocia ademas que, habiendo dado á Amy su palabra de no ir á verla ni hacer cosa alguna en favor suyo, el mejor partido que podia tomar era el de ir á buscar las gentes, y ocultar de ese modo, en cuanto fuese posible, las angustias y las incertidumbres que agitaban su espíritu. Hizo pues de tripas corazon, y se acercó á sus camaradas diciendo: